

# Colaboración de LA VANGUARDIA

UNA HORA, UN COLOR, UN ALIENTO...

## LAS RAMBLAS TERMINAN EN EL MAR

**P**IDO perdón por tomar el título prestado. Luego lo devolveré. Ocurrió que deseaba escribir sobre las Ramblas y dejaba vagar el pensamiento por la suave cuesta natural de la vieja torrentera. Y sin darse cuenta, me encontré en el mar. Hube de sortear la fragosa explanada del monumento a Colón, un trencillo en maniobras, las casetas de las «golondrinas» y, ¡zas!, encontré el mar. Pero no era el mar el objeto de mi sueño: eran las Ramblas.

Las Ramblas —y es curioso que uno no sepa si llamarlas en singular o plural— o la Rambla es, indiscutiblemente, la calle más bonita de Barcelona y una de las más hermosas del mundo. Situar en Canaletas y mirar hacia abajo absorbe. Inmediatamente, el curioso siente deseos de llegar al final. Un final que no se ve, pero que se presiente cercano, que es lo mejor de los paseos: cortos y cuesta abajo. Y el curioso comienza a decambular. Está perdido. Perdió subjetivamente, se entiende: perdido en la Rambla, perdido en el anonimato gozoso de un increíble caudal humano.

¿Qué es lo que hace atractiva a las Ramblas? Barcelona posee otras calles más despejadas, más suntuosas, más históricas y retorcidas si se quiere. Los edificios de las Ramblas, si quitamos cuatro o cinco: la Virreina, el que hace esquina a Puerta Ferrisa, el Liceo, el Gobierno Militar y las Atarazanas, no son inmuebles de categoría. Son las suyas, casas destaraladas, viejas sin ser antiguas, construidas en ese raro siglo llamado XIX, inminentemente burgués e ingenuamente práctico. El tránsito es ruidoso y bastante liso; el comercio no tiene nada de particular y abundan más las «boites» que los museos.

Sin embargo, las Ramblas tienen un atractivo excepcional. Por lo que a mí respecta, puedo asegurar que si paso veinticuatro horas sin pisar las Ramblas me pangó, física y moralmente, enfermo. Creo que son sus mismas imperfecciones las que hacen admirable esta calle. No sé; no estoy muy seguro y lo apunto tímidamente. Frente al clasicismo, que me aburre, y el funcionalismo, que me encanta en detalle y me exaspera en conjunto, la anarquía decimonónica de las Ramblas me hace descansar. Las Ramblas se han formado de aluvión, como su misma naturaleza geológica. Lo diverso se hace unidad y la unidad no se acaba nunca. Tal es el secreto.

Las Ramblas tienen unos árboles llamados plátanos. José Pla los llama árboles franceses y hace remontar su origen a la administración napoleónica, que, buscando aclimatar zonas verdes, introdujo en Europa tal monstruo sagrado. La gente los llama plátanos; supongo que su nombre científico figurará en cualquier enciclopedia. Hay muchos en las carreteras catalanas. Son gruesos de tronco y frondosos de ramaje. Están casi siempre verdes. Allí por noviembre, desprenden un mar de hojas amarillas, que los barrenderos van retirando continuamente. Pero, incluso entonces, no les falta una hoja especial: los pájaros, los pichugones pájaros que durante el día se alimentan en Montjuich y durante la noche duermen en las Ramblas, como buenos burgueses catalanes. Sí; las Ramblas no serían las mismas con otros árboles diferentes. Madrid, por ejemplo, adoptó la acacia como árbol ciudadano. La acacia es más leñosa, más áspera, aunque tenga un mes muy hermoso y florecido. El plátano, más blando, más exuberante, que cuando llega a centenario se torna patriarcal y mesurado, es árbol mediterráneo, árbol de unas Ramblas que llegan hasta el mar.

Las Ramblas tienen, sobre todo, un elemento humano inigualable. Este elemento humano hay que situarlo en zonas, en horas de luz, en climas y hasta en circunstancias cívicas. No es lo mismo una Rambla a las doce de un día festivo que a las doce nocturnas del sábado precursor: no es lo mismo un día de primavera que otro de otoño; no son iguales la Rambla de los Estudios a la de Santa Mónica. Pero, ¡ojá!, las Ramblas siguen siendo iguales. Lo extraordinario, lo curioso, es la forma en que se funden estos elementos humanos. La Rambla «per se», realiza una amplia labor catalizadora. Separa las horas y los hombres. Da a cada cual lo suyo. El noctámbulo en espera a que las manque-

ras del riego le señalen la hora de volver a casa, encuentra la misma Rambla que el turista mañanero; el marinero extranjero que no sube del meridiano «Unión-Fernando», tiene la misma Rambla que el que discute de fútbol en Canaletas.

Las Ramblas no son paseo juvenil, pero tampoco solárium de ancianos. Las Ramblas no llaman al «snob», pero tampoco al arcaizante. Las Ramblas obligan a la sinceridad. En función de «niño bien», el jovenzuelo deambulará por la Diagonal o Infanta Carlota; en las Ramblas, ya no es un niño, es un transeúnte obligado a la sinceridad. Podrá evitar el contacto, si quiere, pero si se acerca, quedará absorbido. El turista, que en otros puntos puede llamar la atención, en las Ramblas pasa inadvertido. Las mujeres hermosas son un ornato más, fundidas en el crisol de la hora y el momento oportuno. Las Ramblas tienen horas radiantes y horas canallas; tienen horas de trabajo y horas perdidas. Pero, siempre, sin artificio alguno.

Las Ramblas terminan en el mar. Bajo el dosel verde de las ramas, el paseo central es un río humano que, en general, no llega al mar y prefiere

quedarse en los afluentes colaterales. Las Ramblas están «construidas», por decirlo con un verbo sencillo. Las Ramblas, en los días de primavera, tienen una luz maravillosa. Ahora mismo, sentado ante mi máquina, levanto los ojos y en un panel fotográfico me es fácil apreciar la luz dorada de las Ramblas, filtrándose por las ramas, cayendo, cenitalmente, sobre los hombres y mujeres, sobre las cosas. Es una luz consistente, como el polvillo; una luz pastosa, que no molesta a los ojos.

He tratado de explicar porque creo que las Ramblas es una de las calles más hermosas del mundo. Quizá me olvide la parte histórica, quizá no haya dicho demasiado sobre su función urbana. No importa. De la Rambla se puede decir todo y siempre olvidaría uno algo. Las Ramblas son hermosas porque sí, porque crecieron como calle natural porque en ellas han ido sedimentando los humanos lo que es consustancial para su vida: cantar, bailar, amar, sufrir, rezar, comerciar y transitar. Las Ramblas nunca decepcionan. Tiene una hora, un color, un aliento para cada hombre, para cada estado de ánimo.

Tomás SALVADOR

DE LO QUE OCURRE

## LA LLAVE DE LAS LAGRIMAS

¿ES que de veras deseamos ser felices?

Si nos hiciéramos esta pregunta y nos la contestáramos sinceramente, tal vez llegaríamos a la conclusión de que, muchas veces, preferimos un cierto desasosiego, una cierta pesadumbre, una cierta aflicción. Sí, afligir es un verbo que nos suena bien, y es posible que algunas cosas, circunstancias, recuerdos y panoramas, nos gusten precisamente porque nos afligen.

Un día estábamos reunidos, en pleno abuso de la alegría de vivir. Uno de esos momentos en que se diría que los duendecillos del bienestar flotan invisibles en el aire. Una señora joven que al parecer lo estaba pasando muy bien, se levantó de pronto y salió.

—¿Se ha ido?

—Sí; sin despedirse.

No buscamos explicación. Bien ¡a su aire! La señora reapareció una hora después. Nadie le preguntó dónde había estado. En los momentos felices hay una ausencia absoluta de curiosidad por las vidas ajenas, como si el respeto mutuo fuese parte indispensable del bienestar. Más tarde, cuando ya empezaba a decaer la alegría, quise saber el motivo de aquella ausencia inexplicable. Y fiado en que el mejor camino para saber las cosas es preguntarlas a los enterados, me dirigí a la protagonista. Y su respuesta me sorprendió:

—He ido a mi casa a llorar un rato. —¿A llorar? —Sí. Lo estaba pasando muy bien aquí, y...

Su mano, por toda explicación, trazó una rúbrica alada en el aire. Tuve que comprender solo, sin ayuda. Es mucho más cómodo sobre todo cuando se trata de comprender a otro y la ayuda nos la facilita él. Puede que nos comprendamos a nosotros mismos, pero, en todo caso, nos explicamos muy mal. Sin duda, porque todo lo que decimos nos suena a medio verdad, medio mentira.

Pensé que a ella pasarlo bien le daba como un sentimiento de deuda mal pagada. Y para librarse de este sentimiento iba a su casa a llorar un rato a solas. Así cumplía como patriota del valle de lágrimas que es el mundo y podía, sin resquemor, volver a participar en la alegría común.

He sabido otro caso, también de una mujer, ya en la soledad de una madurez anticipada por la ausencia de otros seres queridos. Muerto el marido, los hijos casados... La comparsa feliz de la que ella formaba parte se le había disuelto y se encontraba como en una llanura infinita, sin muros ni caminos. No es una sensación feliz.

Esta mujer había vivido en un piso grande. Después ¿para qué? Cerró el piso y tomó habitación en una residencia. Pero no quiso deshacerse del piso cerrado. Otros lo pretendían y ella se negaba a cederlo.

—¿Piensa volver a vivir allí?

—No, nunca.

No lo pensaba. Pero guardaba el piso. Supimos que pasaba algunas tardes sola en su piso cerrado. Nos pareció natural que esas visitas le ayudaran a vivir. La imaginábamos allí, entre sus muebles queridos y sus cosas, recordando otros buenos tiempos.

Un día, en ocasión propicia, le hablamos de esto, del bien que buscaba en un sitio donde la soledad se le hacía entrañable. Y ella nos confesó:

—Sé que la vida empieza todos los días y que el pasado sólo es fantasmal. Pero yo necesito mi piso. Voy allí, me encierro dentro y me echo a llorar, sin pensar nada, sin acordarme de nada. Y no sabe el bien que me hace.

Dijo esto en un momento bueno, de bienestar. Sacó la llave del piso mientras lo decía y comentó, como en broma:

—La llave de las lágrimas.

Y también, como última explicación, trazó con la mano una rúbrica alada en el aire.

Explicar las cosas con un gesto no debe de ser más fácil que explicarlas con palabras, pues se hace menos. Pero cuando alguien lo hace advertimos que es la única forma de dar una explicación tan exacta y total, que ya no se le puede añadir ni quitar nada.

Noel CLARASÓ

EL MAESTRO Y SU ATENCION Y CUIDADO POR EL ESTADO

## EL HIDALGO DE LAS MIGAJAS

**T**ENIA su escuela en un callejón cercano a la iglesia y con una ventana al campo, en cuyo alfeizar su hija única cuidaba unas macetas de humildes geraneos y pomposas clavellinas. Se llamaba don Alfredo y encarnaba el genit tipo de maestro de escuela que durante una época lejana inspiró al gracejo andaluz el dicho —al referirse a un desgraciado— "Tiene más hambre que un maestro". Porque entre su exigua paga y los constantes atrasos en que incurría el Estado para su abono, hundían la oscura vida de don Alfredo y su hija en la más miserable de las existencias. Pero era un hidalgo. Desde su facha enjuta, alta y agarbanzada con largos bigotes canosos y piernas esqueléticas de andar lento, hasta su exagerado concepto del decoro —si es que en ello cabe— y sus ideas rectilíneas sobre el deber y la conciencia, don Alfredo constituía un maravilloso ejemplar de una raza privilegiada que conquistó mundos y no los supo administrar.

Un ricachón de la aldea, cuyo hijo se educaba en la escuela de don Alfredo, le mandó una vez, con un motivo cualquiera y compadecido de su pública penuria, un sobre con billetes de banco. Don Alfredo se los devolvió inmediatamente escribiendo en el mismo sobre con su letra clara y vigorosa: "Pobre, pero hidalgo". Y aquel día no se había almorzado en aquella casa.

Era un entusiasta de los clásicos griegos hasta el fanatismo y la figura de Aristipo el primer discípulo de Sócrates que enseñó filosofía por estipendio— era su constante obsesión. Tal vez porque Aristipo también vivía solitario en su academia con su hija Arteta —la de don Alfredo se llamaba Luz— y porque de él eran aquellas dos definiciones: "Doctos e indoctos se diferencian en lo mismo que los caballos domados de los indómitos". Y "Es mejor ser mendigo que ignorante, pues que aquél está falto de dinero, pero éste lo está de humanidad".

Pues don Alfredo fue protagonista desdichado de un incidente cruel. Viajaba por la región andaluza una egregia persona y llegó al pueblo de don Alfredo para poner la primera piedra de un grupo escolar. Después del acto, donde los alumnos de don Alfredo dieron brillante muestra de su preparación, el alcalde obsequió al regio visitante con un espléndido banquete al que acudieron todas las autoridades provinciales y desde luego don Alfredo.

Después de los brindis y los taponazos del champaña el ilustre huésped notó que le faltaba el reloj cuando intentó mirarlo para calcular la hora de terminar y seguir la excursión. El alcalde, al percibirse de ello, rojo de ira y de vergüenza hizo cerrar todas las puertas del edificio donde se celebraba el acto, y apenas salió del mismo el elevado invitado requirió al juez allí presente para que procediese inmediatamente al registro de todos los asistentes iniciando el procedimiento oportuno.

El funcionario, ayudado por el alguacil, empezó su llabor, pero al llegar a don Alfredo tropezó con un gran obstáculo. El hidalgo no se dejaba cachear y cuando la mano zafia del alguacil se posó sobre su hombro, dando rápidamente un paso atrás le propinó una tremenda bofetada que hizo tambalear al pobre paleta. Hubo que sujetarlo. Por fin el alguacil, al que quemaba todavía un carrillo, halló en uno de los bolsillos de la americana de don Alfredo un pequeño paquete envuelto en un trozo de periódico y con la sonrisa del triunfo vengativo lo puso sobre la mesa ante la vista de todos. El juez lentamente lo desenvolvió y ante la estupefacción propia y

la ajena aparecieron en el interior unas lonchas de langosta y una pata de pollo. Eran las migajas del banquete que don Alfredo había apartado de su propio plato para solaz de su hija, que jamás había conocido tan succulentos manjares. Y a tal ocultación, se debía su resistencia a dejarse registrar para no sufrir una vez más la humillación de su pobreza.

En aquel momento llegó al alcalde —que lívido y pesaroso contemplaba a don Alfredo derrumbado en una silla con la cara entre las manos— el aviso del gobernador civil comunicándole que el reloj consabido apareció en un rincón del automóvil a donde seguramente se había deslizado durante el viaje sin notarlo su dueño.

Días después don Alfredo recibía un magnífico reloj de oro con un tarjetón en cuya esquina izquierda figuraban los emblemas de las Ordenes Militares y en que de puño y letra del egregio personaje, con aquella delicadeza que le caracterizó siempre y sin hacer —naturalmente— la menor alusión al sucedido, felicítalo al maestro nacional por la disciplina y preparación que había observado en sus alumnos durante la fiesta escolar que había presidido.

Todo ello —tan sencillo, tan significativo— he recordado al leer estos días que en buena lid y en reñido concurso literario-pedagógico, un maestro nacional ha ganado un premio de cincuenta mil pesetas. De una sola vez, lo que ni don Alfredo ni ninguno de sus compañeros contemporáneos pudieron ni ganar ni soñar en muchos años de fatigada lucha contra la ignorancia. Y esto sí que es consolador. La transformación del concepto del maestro y su atención y cuidado por el Estado. El maestro y el juez son, por encima de todo, los puntales de un país, porque son las bases sólidas de su propia estimación. El maestro, escultor del cerebro —tan cercano al alma—, tiene en sus manos todo el porvenir de la Patria. Muchos sucesos, muchas páginas vergonzosas de la Historia, no tan lejana, es seguro que se deben a la ignorancia explotada más que a la maldad. El ciudadano que se sabe instruido de niño por un maestro inteligente, veraz y sin sectarismos de cualquier especie, y de hombre protegido por un juez incorruptible, eficiente y ajeno a toda influencia de cualquier género, tiene ganada la mitad del camino de su felicidad, ya que la otra mitad —con tales garantías— debe alcanzarlas con su trabajo y honestidad.

Se acabó el hambre del maestro, pero no basta. Se acabó la imperdonable desidia del Estado debiendo años enteros de haberes al maestro, pero tampoco basta. Es muy grande la figura del maestro para confundirla con otro funcionario cualquiera del engranaje del país. Merece que ese premio de cincuenta mil pesetas sea mucho más frecuente, y si actualmente una institución millonaria ha abierto las puertas de la riqueza a los que ya son sabios, deben abrirse las posibilidades del bienestar a los que los hacen. Que no hubiera un erudito, si no existiera antes —mucho antes— un buen maestro de escuela.

Por eso, ante la noticia plausible y confortadora de que el maestro va llegando a la meta humana y social que merece, yo he querido recordar —más como consejo que como lección— al famélico y romántico hidalgo de las migajas...

P. VILA SAN - JUAN

Un nombre y una etiqueta



Certificado de calidad de tejidos y prendas

## VENZA SU ASMA DISOLVIENDO LA FLEMA

No permita más, que los ahogos y las afecciones provocadas por los ataques de asma y de Bronquitis perturben su sueño, debilitando sus energías, sin probar Men-daco. Esta gran medicina no viene en forma de cigarrillos, ni inyecciones, ni líquido, sino que actúa a través de la sangre, penetrando así en los pulmones y en los bronquios. La primera dosis actúa ayudando a la naturaleza de tres maneras: 1.° Reblandece y desprende la flema acumulada. 2.° Proporciona una respiración más fácil y profunda, y un sueño reparador. 3.° Alivia la tos, la respiración sibilante y el estornudo. Pida Mendaco a su farmacéutico, hoy mismo (C.B. 15.045)



**AVIACO**  
aumenta sus servicios con **PALMA e IBIZA** desde el día 30 de mayo

**A PALMA**  
21 vuelos por semana

**A IBIZA**  
7 vuelos por semana

**A MADRID**  
15 vuelos por semana

**A MAHON**  
Lunes, miércoles y viernes

**BRUSELAS**  
6 vuelos por semana

Consulte a su Agencia de Viajes o en

**AVIACO**  
Mallorca, 277  
Tel. 37 09 00

